



"Merienda de Navidad" y mendigo... | FOTO: Ojo Digital / Juana Mari

([JORGE FERNÁNDEZ](#) , 23/12/2014) | Aquel denunciante creó un gran revuelo en la ciudad. Sus críticas hacia las autoridades por los preparativos de los fastos navideños no habían dejado títere con cabeza, incomodando incluso a muchos ciudadanos de a pie que, si bien reconocían las razones que el denunciante argumentaba, sentían que su discurso amenazaba algunas de sus más caras tradiciones, cuando no sus más profanos intereses comerciales.

--"El espíritu navideño no consiste en gastar lo que no se tiene", decía el denunciante, "sino en ser solidarios con aquellos que no tienen; en compartir parte de nuestro tiempo, nuestra comida y nuestra ropa con los más necesitados...".

Pero sus críticas más severas iban dirigidas contra los responsables del poder político, financiero y empresarial de la ciudad.

--"¡Hipócritas!", les decía. "¡Qué alumbráis la ciudad con costosas luces en Navidad, pero le cortáis el suministro eléctrico a las familias que no pueden pagar!". "¡Qué decoráis con lujo los escaparates de vuestros centros comerciales, atendidos por dependientes mal pagados y sometidos a horarios abusivos a los que despediréis mañana, nada más terminar la campaña navideña, para que no se vean afectados vuestros pingües beneficios!".

Especialmente dura fue su crítica hacia los políticos corruptos, que se habían enriquecido mediante el soborno y la financiación ilegal de sus partidos. Y de modo particular hacia sus políticas fiscales, que habían enriquecido a sus amigos ricos, asfixiando a la clase media, oprimiendo a la clase obrera, y hundiendo en la pobreza extrema a miles de trabajadores y a sus familias...

--"¡Hipócritas!", insistía, señalando también a los banqueros. "¡Cómo os atrevéis a hablar de Navidad, mientras echáis de sus viviendas a miles de familias a las que endeudasteis con engaños, y con cláusulas abusivas escritas en letra ilegible!... ¡Al menos aceptad *la dación en pago*, como sería lo justo!", les decía, "¡Y no seáis usureros, ni exijáis más de lo que corresponde!".

Pero allí no terminó la cosa. Aquel denunciante también fue crítico con los gastos militares, con la política de seguridad ciudadana del Gobierno de la ciudad y con ciertos abusos en las actuaciones policiales. Denunció la intención de criminalizar las protestas ciudadanas y a la inmigración irregular, y exhortó a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado a no hacer abuso de su autoridad.

--"Navidad también es ponerse en el lugar del otro", les decía, "No olvidéis que, al fin y al cabo, vosotros también sois trabajadores, afortunados por tener un salario --aunque sea modesto--, que pagan los contribuyentes... ¡Y recordad también que vuestros padres ayer fueron emigrantes, igual que lo son vuestros hijos hoy!".

Finalmente, el denunciante cargó sus tintas contra una institución con la que nadie antes que él se había atrevido (¡lo que a la larga le costaría un alto precio!): La Casa del Rey. Con una larga tradición e influencia en la ciudad, la Monarquía se había visto en los últimos tiempos salpicada de escándalos por la conducta inapropiada de algunos de sus integrantes y, en particular, de su máximo responsable: El propio Rey.

El denunciante no dudó en reprocharle a Su Majestad --entre otras muchas cuestiones y abusos de su clan familiar--, su relación adúltera con otra miembro de la nobleza, escándalo moral que se convirtió en la comidilla del chismorreo entre los aldeanos, trayendo la vergüenza no solo sobre la regia Institución, sino sobre la propia ciudad, humillada ante los ojos del mundo entero.

--"En lugar de preparar lo externo y lo superfluo de la Navidad, ¡deberíamos examinar y cambiar nuestras actitudes!", insistía el denunciante. "De esa forma sí estaríamos en condiciones de impregnarnos del *espíritu navideño* y podríamos comprender verdaderamente su significado y sus beneficios para nuestras vidas y ¡para la vida comunitaria de nuestra ciudad!".

Muchos ciudadanos le oyeron. "¡Por fin alguien dice las cosas con claridad!", decían algunos. "¡Y cuánta razón tiene!", afirmaban otros.

Pero aquellos que ostentaban el poder..., que vieron descubiertas sus intenciones, desnudadas sus vergüenzas y amenazados sus intereses, se conjuraron para conspirar contra él y quitarle de en medio. "¡Muerto el perro, muerta la rabia!", recordó uno de ellos. Y en la Casa del Rey estuvieron de acuerdo, por lo que, aunque temían a la opinión pública, no tardaron en hacer rodar su cabeza.

Pero fueron aún más lejos. Tres años más tarde, cuando la Navidad dejó de tener el tirón comercial de otras épocas y se convirtió en una incómoda celebración de los pobres --más espiritual..., más evangélica y menos tradicional--, entonces decidieron acabar con ella invocando una *versión extrema de laicismo* --que en realidad era una excusa-- y al que adhirieron sorprendentemente todos los representantes del poder político, empresarial, religioso, social y sindical, además de amplios sectores populares de la ciudad, en una muestra de sincretismo ideológico y complicidad sin precedentes.



[Enlace a la noticia](#)